

Pintura: *Última escena de Hamlet*, por José Moreno Carbonero / Wikimedia Commons

LITERATURA

Hamlet: el Anti-Edipo

por **Rafael Gumucio**

Un error de traducción que no es un error de traducción me aleja de casi todas las interpretaciones que conozco de *Hamlet*.

Hamlet dice *To be or not to be*. Casi todas las traducciones dicen "ser o no ser". Todas las interpretaciones dan por sentado, con cierta razón, que Hamlet medita sobre el ser humano, mortal, sobre su ser en el sentido alemán, romántico, del término "ser". Pero Hamlet, aunque danés, no es alemán. La obra por lo demás la escribe un inglés en Inglaterra mucho antes de que el "ser" se separe del todo del "estar", del "actuar" o del "hacer".

¿A qué "ser" se refiere Shakespeare cuando se pregunta por el *to be*? El monólogo es una meditación sobre su posible suicidio. Pero Hamlet sabe que será escuchado. Como todo en la obra, el monólogo es también una *performance*, un mensaje calculado para los que espían detrás de la cortina. Es un acto político, en el sentido más primario y menos metafórico de la palabra "política". La sinceridad de esta declaración, conocida como una de las más sinceras de la literatura mundial, es de partida dudosa. Como todo en la obra, Hamlet advierte de sus pasos posibles, pero lo hace de manera doble y confusa, dice que quiere matarse y que no quiere, que es bueno morir y que es terrible, no solo porque duda él, sino porque quiere que todos duden de su razón. Prepara a sus enemigos y amigos para los dos caminos, para las dos probabilidades dispersando sus fuerzas.

El dilema de Hamlet no tiene que ver con el "ser", sino con el "hacer". Es lo que se pregunta toda la obra. El viejo dilema de Lenin, el famoso "¿Qué hacer?" que es tambien el "¿Qué no hacer?" y "¿Qué decir que se hace?" y "¿Qué no decir que se hace?".

El *To be or not to be* no es una duda radical sobre la esencia del ser. Es otra forma del diálogo perpetuo que recorre la obra entera: ese "ser" hijo, amante, joven, contra ese "ser" príncipe, heredero, rey. Entre hacer justicia y ser justo. Entre amar a su amada y salvarla de un amor que no puede terminar bien.

¿Qué hacer para vengar a su padre muerto, que, convertido en fantasma, quiere una revancha sobre la nada? La respuesta es simple: bastaría con hacer lo que termina haciendo al final de la obra, sacar la espada y matar a quienes mataron a su padre, que es también su rey. No lo hace en casi toda la extensión de la obra. Su indecisión, que disfraza de demencia o de coqueteo con la nada, es sin embargo perfectamente razonable. Es también, como todo en Shakespeare, una indecisión política. Porque Hamlet sabe que el final es un río de sangre y dolor. Sabe que al vengar a su padre y castigar a su madre, su reinado futuro –como el de Edipo– estará maldito de entrada. Que solo quitándose de en medio, aceptando su propio sacrificio, puede salvarse Dinamarca. Es decir, parte esencial de su ser.

Hamlet es, en un sentido que nada tiene que ver con las fabulaciones más o menos vacías de Deleuze y Guattari, el verdadero Anti-Edipo. Edipo mata a su padre y se casa con su madre porque

todo lo ignora de su destino y de su origen. Hamlet, en cambio, sabe desde el principio, o va sabiendo en el curso de la obra y por eso aplaza todo lo que puede la sangre y la espada. Mientras Edipo se saca los ojos para no ver lo que hizo, Hamlet finge demencia porque sabe que no puede dejar de ver lo que ve. Edipo es la tragedia de la irresponsabilidad en manos de un adulto que cree actuar bien y hace todo mal. Hamlet es la tragedia de la responsabilidad en un joven que finge ser aún más frívolo y demente de lo que su edad y condición lo llaman a ser para a través de su aparente inconsistencia cumplir mejor con su deber.

Edipo hunde a los que toca con su crimen porque quiere hacer las cosas bien. Hamlet intenta salvar a los que ama fingiendo que no sabe lo que hace. Hamlet no puede dejar de amar a los que ama aunque deba, para eso, fingir que no ama a nadie más que a sí mismo. Edipo cree que ama a los que ama, pero está destinado a salvarse a condición de mutilarse y abandonar la ciudad solo. La cobardía final de Edipo corona toda una vida de actos fallidos. La valentía final de Hamlet limpia de sangre el tablero y las tablas para que la historia de Dinamarca siga en pie.

Edipo no libera a Tebas con su sacrificio porque ese sacrificio es solo parcial. Hamlet libera a Dinamarca porque su sacrificio es tan completo que implica a Ofelia y a Gertrudis, a sus amigos, a toda la generación que lo vio crecer y amar, a todos a los que el fantasma del padre podría seguir atormentando.

Hamlet sabe lo que hace y no quiere hacerlo. Edipo no sabe lo que hace y lo hace igual. La relación con el incesto en las dos obras dice todo de esta distancia. Edipo penetra a su madre sin saberlo y tiene hijos que quedan, como ella, malditos por ese acto. Pero no presenciamos nunca su deseo. No corteja a su madre: la ciudad le entrega a su madre porque es un buen ciudadano que respondió acertadamente las preguntas de la Esfinge. Edipo comete crímenes porque es un buen ciudadano.

Hamlet, al revés de Edipo, está siempre a punto de cometer ese incesto que la obra sugiere sin cesar, pero nunca consuma. Desea a su madre, pero ese deseo termina justamente en el intento de salvarla –al menos simbólicamente– de su propia venganza. Quiere perdonar a Gertrudis, pero el deseo de ella no se lo permite. Quiere ser su abogado ante el padre, pero el padre reclama su sangre. Para Edipo no hay distancia entre ser un buen rey y un buen hombre, entre ser justo y cumplir la ley. Los dioses, sin embargo, le hacen ver cruelmente esa distancia. Por hacer lo que la ley y los dioses le piden viola la ley de los dioses. Hamlet, en ese sentido de otra era, alarga lo que puede el cumplimiento de su deber con la ley y con Dios. Es un desertor, un fugitivo, un aparente cobarde que, finalmente, sabiendo que puede huir no huye y hace lo que debe hasta la aniquilación total de su cuerpo.

Hamlet pasa toda la obra no solo preparando su venganza, sino haciéndola al mismo tiempo imposible. Gran parte de su esfuerzo tiene como objeto asegurarse de que sucedió lo que el fantasma de su padre ya le contó desde el comienzo. Quiere confesiones que no necesita. Por eso observa bien Kurt Vonnegut que la curva dramática de *Hamlet* es la más improbable de la literatura. En gran parte de la obra no pasa nada, o pasa lo que ya sabemos que pasó antes de que empezara. La obra no avanza ni retrocede. Pasa en ella lo que Hamlet no quiere que pase, pero pasa sobre todo el esfuerzo de él de que eso que va a pasar no pase. Pasa todo eso que ya se sabe cómo va a terminar, pero que Hamlet empeora al tratar de evitar el dolor que ese final implica.

Edipo es el que averigua lo que ya pasó, el que entiende tarde lo que fue su pasado. El que quiere limpiar un pasado que no entiende. Hamlet es el que quiere evitar un futuro que solo él entiende. Edipo quiere saber una verdad que no le conviene. Hamlet quiere informar a los protagonistas de la historia pasada de lo que ya saben. Su locura fingida es en cierta manera verdadera, porque se puede definir la locura como intento extremo de separar los actos de sus consecuencias, los hechos de sus causas, los futuros de sus pasados. La locura es una razón que no concluye, o que concluye demasiado. La venganza que se venga de sí misma. Hamlet exagera esa locura para evitar lo que viene. Pero también usa la locura para anunciarles a los que quiere eso que viene sin que lo arresten o lo condenen. Piensa que, de ser informados de sus crímenes, estos van a confesarlos naturalmente y pedir perdón. No lo hacen porque no están locos.

To be or not to be. ¿Ser o no ser? ¿O soy o no soy? Una traducción posible, que es quizás menos exacta que la canónica, pero que da más con el sentido de la obra y el personaje. ¿Soy o no soy? ¿El príncipe, el hijo, el novio que soy? Hay una cierta calma en ese monólogo, algo más grande aún que la resignación: un alivio. Morir, dormir, soñar quizás, como única especie de libertad que le queda al loco que sabe demasiado, que habla demasiado, que cuenta lo que todos saben y nadie dice. Hamlet, al revés de Edipo, ve demasiado y anhela ese cerrar los ojos y soñar. Morir, es decir descansar, no solo de estar vivo en general, sino del deber de vivir bajo el yugo específico de ser príncipe, ser hijo, ser cordero pascual de una resurrección que nadie garantiza del todo.

Y de no resucitar, de no volver a la vida, está ese soñar, ese dormir que no es morir para siempre sino saber que esto también es una ilusión como cualquier otra. Yorick les dijo la verdad a todos, hizo reír y llorar, vivió ese peligro, ese deber, y ahora es una calavera que puede dormir, que puede soñar, que descansa por fin de ese insomnio que es vivir. ~

RAFAEL GUMUCIO es escritor. Su libro más reciente es *Los parientes pobres* (Random House, 2024).



Fotograma: *Wild horse nine*, de Martin McDonagh. Cortesía: TIFF

CINE

Toronto 2026: de pedestales y grietas

por **Fernanda Solórzano**

Como en textos anteriores que he escrito sobre el Festival Internacional de Toronto, mi lista de favoritas deja fuera películas que, tras ser premiadas poco antes en Cannes o Venecia, llegaron rodeadas de grandes expectativas que yo también tenía. Las excluyo por no parecerme de lo más memorable.

Las que dejo fuera este año tienen algo en común: sus directores habían hecho películas sobresalientes y muy superiores. Fueron, en esa medida, decepciones. *Fjord*, de Cristian Mungiu, Palma de Oro en Cannes, busca señalar excesos del progresismo, pero derrapa en la sobrecorrección: retrata una localidad noruega donde este ideario se ha vuelto dogma y caricaturiza a casi todos sus defensores. Ya que no es una sátira, esa asimetría debilita su crítica. *All of a sudden*, de Ryusuke Hamaguchi, me resultó tediosamente expositiva (pizarrón incluido), considerando que *Drive my car* y *Evil does not exist* confiaban en los tiempos de las escenas y los silencios de sus personajes. Y *Possible love*, de Lee Chang-dong, celebrada por la complejidad con que aborda las relaciones de clase, me pareció más obvia en su conclusión moral que *Burning*, donde la atracción mutua entre personas de estratos sociales opuestos se mezclaba con la envidia, la sospecha y el resentimiento sin resolverse del todo. Las películas merecen comentarios más elaborados, que haré cuando lleguen a cartelera. (*La bola negra*, de Javier Calvo y Javier Ambrossi, premiada por mejor dirección en Cannes y ganadora del premio del público en TIFF, queda fuera de estas menciones y de mi selección porque no logré verla durante el festival.) A continuación, mis favoritas de esta edición, sin orden de preferencia.

Wild horse nine, de Martin McDonagh

Pocos directores exploran la ambigüedad moral como McDonagh. En *Wild horse nine*, John Malkovich interpreta a Chris, un agente de la CIA ligado a golpes de Estado y supuesto asesino de Kennedy. Nada de esto impide que, desde las primeras secuencias, provoque fascinación. McDonagh ya había logrado algo semejante en *Three billboards outside Ebbing, Missouri* con el policía racista de Sam Rockwell: hacer crecer ante el espectador a un personaje condenable.

Aquí Rockwell es Lee, compañero de Chris y también golpista. Ambos llegan a Isla de Pascua meses antes del golpe contra Allende. Chris, desahuciado, quiere morir ahí y ha pedido a Lee que lo ayude, pero este debe decidir si cumplirá una orden de la CIA que implica traicionarlo. Emerge así otro sello de McDonagh: la amistad profunda entre hombres que parecerían incapaces de ella.

Las cabezas de piedra gigantes de la isla atestiguan la transformación de ambos. El poema elemental que Chris escribe al animal del título no basta como muestra de redención, pero sí un acto final que involucra a una joven revolucionaria (Mariana di Girolamo). El estilo de Malkovich puede parecer una suma de tics, pero aquí da una interpretación tan honesta que vuelve conmovedora una frase como "habría preferido matar a menos gente y pasar más tiempo entre caballos". Por este papel obtuvo la Copa Volpi en el reciente festival de Venecia.

Tender loving care, de Mike Leigh

El director de 83 años declaró que *Tender loving care* podría ser su última película. No lo dijo en plan fúnebre: padece miositis, enfermedad que reduce la movilidad y dificulta el rodaje. Aun así, cuesta no ver su película –sobre la pérdida de autonomía en la vejez– como algo que le resulta cercano. Amy (Kate O'Flynn), trabajadora social, enfrenta el declive repentino de su padre Geoff (Paul Jesson, estupendo), cuando empieza a perder la memoria. Leigh construye sus películas a partir de ensayos con los actores, un método especialmente apropiado para trazar la involución de Geoff: de hombre vital y bromista pasa a mostrarse arisco con su familia y a refugiarse en recuerdos lejanos. Su esposa, su hija y una amiga de Amy lo acompañan con paciencia mientras aceptan lo irreversible de su deterioro. La naturalidad de esas escenas permite a *Tender loving care* esquivar sentimentalismos.

Leigh no representa el mundo como un lugar apacible. La imagen

final es el rostro de otro anciano con deterioro cognitivo, que antes había rechazado la ayuda de los servicios sociales y que carece de la red afectiva que rodea a Geoff. Ese remate revela a *Tender loving care* como una película sobre destinos opuestos.

Faith, de Paul Andrew Williams

Ya que tuvo su estreno mundial en TIFF, *Faith* llegó sin premios ni *hype* –y fue una de las películas que más permanecieron conmigo–. Situada en un pueblo obrero inglés, arranca con elementos del *kitchen sink*: una madre soltera, un empleo en una fábrica, dinero para vivir al día y noches de alcohol en el pub.

Gina (Erin Doherty) conoce ahí a Michael (James McAvoy), hombre amable pero extraño. Tras la muerte accidental de su hijo, se hunde en el duelo y en (más) alcohol. Michael la cuida y le ofrece algo que suena imposible: reencontrarse con el niño. *Faith* da entonces un giro: Michael se revela como un ente angélico y guía a Gina por un ritual de imaginería católica en el que bebe la sangre de Michael. La escena puede provocar rechazo y resultar piadosa a la vez. Por si las alusiones al Evangelio no fueran lo bastante literales, Williams muestra en la espalda de Michael cicatrices que sugieren alas perdidas.

Todo en *Faith* es audaz: el cambio de registro, representar un milagro religioso sin ironía ni distancia y hacer visible el cumplimiento de un deseo compartido por quienes han perdido a alguien demasiado pronto: tener unos minutos más para despedirse mejor.

Look back, de Hirokazu Kore-eda

No vi *Sheep in the box*, con la que Kore-eda concursó en Cannes, pero leí reproches de sentimentalismo por parte de los críticos que cubrieron ese festival. Durante la primera hora de *Look back*, adaptación del manga homónimo de Tatsuki Fujimoto, me pregunté si la ternura calculada no se estaba volviendo un punto débil del director. La amistad entre Fujino y Kyomoto, niñas unidas primero por la rivalidad y luego por el manga, se estanca en una dulzura redundante.

Esto cambia cuando Kyomoto, ya adolescente y estudiante de arte, es asesinada por un psicópata que irrumpe en su escuela. Kore-eda entra entonces en territorio conocido, el duelo, pero pone el acento en la culpa del sobreviviente: una veta amarga que rescata a la película de la dulzura previa. Fujino piensa que, al sacar a Kyomoto de su encierro cuando eran niñas, puso en marcha la cadena que la llevó a la muerte. La mejor secuencia parece anunciar la recreación sangrienta del asesinato –algo ajeno a la sutileza de Kore-eda–, pero se revela como una fantasía en la que Fujino, dibujada como heroína de manga, logra salvar a su amiga.

Look back registra el paso del manga del dibujo manual al digital: el software permite añadir texturas, sombras y efectos antes ejecutados a mano. Kore-eda no presenta el cambio como decadencia, lo que lleva a cuestionar el prejuicio de que un artista debe dominar la técnica tradicional.

El ser querido, de Rodrigo Sorogoyen

Hablemos del elefante en el cuarto: *El ser querido* tiene tantas semejanzas con *Sentimental value*, de Joachim Trier, que el propio Sorogoyen contó que estuvo a punto de abandonar su proyecto cuando vio la película del noruego. *El ser querido*, sin embargo, es menos un estudio del trauma familiar que de las dinámicas de poder que se superponen en un rodaje: director y actriz que además son padre e hija.

Esteban (Javier Bardem) convoca a Emilia (Victoria Luengo), su hija distanciada, para protagonizar su nueva película. En su conversación inicial desprecia el trabajo de Emilia en series que considera menores. Luego, durante el rodaje, le reprocha no dar a su personaje el aire de una mujer de clase alta o gesticular como alguien a quien "nunca le ha pasado nada". Es evidente que busca desestabilizar a su hija; lo que no es claro es si, dirigidas a otra actriz, serían indicaciones legítimas o excesos amparados por su estatus de director. Bardem sostiene esa ambigüedad de manera formidable: nunca es del todo claro cuándo Esteban busca una mejor actuación y cuándo utiliza el rodaje para herir, controlar o acercarse a su hija.

El conflicto cristaliza en una escena de comedor que Esteban corta una y otra vez porque un actor no mastica "de verdad". Esto provoca risas incontrolables entre los actores mientras Emilia enfurece. ¿Es la susceptibilidad de hija la que vuelve insoportables esas correcciones o cualquier actor tendría razón en rechazarlas? *El ser querido* apunta así contra cierta escuela de dirección –y las vacas sagradas que se amparan en ella– sin convertir el conflicto en denuncia simple.

Musk, de Alex Gibney

Dudé hasta el último momento si dedicar cuatro horas a un documental sobre un hombre tan poco carismático. Mi única garantía era el trabajo previo del director. Fue un acierto: Gibney valida la impresión de vacío que proyecta Musk y plantea la pregunta central: cómo alguien que no parece guiado por principios rectores llegó a acumular tanto poder.

Una posible respuesta está en la leyenda de inventor visionario. Gibney recuerda que Musk no fundó Tesla y devuelve crédito a sus ingenieros. Sugiere también que, al encumbrar figuras, el público les da carta blanca para presentar como posible algo que aún no lo es. El caso más grave son los autos de conducción autónoma: *Musk* muestra escenas espeluznantes de accidentes causados por sus fallas.

La película va de sus proyectos tecnológicos a su misión de crear una "legión" de hijos. Como Musk se negó a ser entrevistado, Gibney creó un

avatar digital suyo a partir de declaraciones reales: un guiño al futuro de simulaciones que él mismo anuncia con entusiasmo.

Mientras el avatar resulta verosímil, la realidad da a Gibney escenas como la de Musk blandiendo una sierra eléctrica –regalo de Javier Milei– para simular el desmantelamiento de la burocracia. (Alguien nunca oyó hablar de Leatherface.) Al final, Nikhil Kamath le pregunta qué beneficio tendría la "conciencia colectiva" que Musk atribuye a X. El visionario balbucea, divaga, balbucea de nuevo y responde algo absurdo. Vaya atisbo del futuro. ~

FERNANDA SOLÓRZANO es crítica de cine. Es autora de *Misterios de la sala oscura. Ensayos sobre el cine y su tiempo* (Taurus, 2017).

POLÍTICA INTERNACIONAL

Una política exterior para América Latina

por **Michael Reid**



Fotografía: Líderes en la Cumbre del Escudo de las Américas. / Creative Commons

"La mejor política exterior es la política interior," declaró Andrés Manuel López Obrador en una reunión de diplomáticos mexicanos al comienzo de 2024. Parece que muchos de los nuevos presidentes latinoamericanos de derechas están de acuerdo con él. En la práctica han tercerizado la política exterior de sus países a la Casa Blanca. Es un error que van a pagar en el futuro. En América Latina es habitual olvidarse del mundo y sus conflictos, que parecen lejanos. Hábito correspondido: muchas veces el resto del mundo parece olvidarse de la región. Pero hoy no es el caso.

Donald Trump ha puesto a América Latina a la cabeza de las prioridades de política exterior de su administración, en su documento de estrategia nacional de seguridad publicado hace un año. A la vez anunció un "Corolario Trump" a la Doctrina Monroe: "El pueblo americano –y no naciones extranjeras ni instituciones globalistas– siempre controlará su propio destino en nuestro hemisferio." Un año después sabemos mucho más de lo que esto quiere decir en la práctica: una combinación de acciones militarizadas contra el narcotráfico, la represión de migrantes, un imperialismo descarado ejemplificado por el intento de apropiarse del petróleo venezolano e intervenciones seleccionadas contra los intereses de China (cuando pueda) y en favor de fuerzas políticas latinoamericanas de derechas (cuando quiera).

En total, dieciocho países de la región se han incorporado como miembros del Escudo de las Américas, el ente que la administración ha formado para ejecutar el Corolario Trump. Este ofrece algunas cosas útiles, como la promesa de compartir inteligencia contra el crimen organizado. Pero aspira a tutelar a los países latinoamericanos en sus relaciones con China, con el escrutinio de inversiones, atención a minerales críticos e infraestructura digital. Desde luego que estos temas deben ser decididos por cada país según su propia evaluación de sus intereses soberanos. Solo el Brasil de Lula, México con Claudia Sheinbaum y Uruguay con Yamandú Orsi del Frente Amplio se han mantenido fuera del Escudo de las Américas. Puesto que la Venezuela de Delcy Rodríguez se ha convertido en una neocolonia de Estados Unidos, se supone que no hay necesidad de que entre al Escudo.

No es nada fácil manejar la relación con los Estados Unidos de Trump. La presidenta Sheinbaum lo tiene más difícil que nadie dada la integración profunda, o dependencia si se quiere, de México y su vecino del norte. Ella ha mantenido unos estrictos límites de soberanía en la teoría, pero ha cedido bastante en la práctica, sobre todo en seguridad. Tomemos los casos de Brasil y Argentina: Lula ha resistido los aranceles punitivos de Trump y no acepta intromisiones en la política interna de Brasil. Por otro lado, Milei ha sido el más beneficiado por la administración norteamericana, con la garantía de ayuda financiera que le permitió sortear las elecciones de medio periodo del año pasado y con la declaración de Trump respecto a que revisaría la tradicional postura de Estados Unidos de apoyo a la soberanía británica sobre las Malvinas.

Con la excepción parcial de la colaboración en la lucha contra el crimen organizado, poco en la agenda del Escudo de las Américas apela al interés de América Latina. La derecha latinoamericana se engaña si piensa que lo hace. Si se ha mantenido sumisa es en parte por miedo a las posibles

represalias de Trump, que pueden ir desde la imposición de aranceles al retiro de visas usado como arma política, tal y como pasó en septiembre con un juez peruano que había dado un dictamen favorable a una empresa china, o con el fiscal general de Bolivia, que estaba procesando a Fernando Cerimedo, un ideólogo de la extrema derecha latinoamericana, por violencia contra su pareja, y que fue detenido poco después.

El Corolario Trump llega en un momento en que América Latina tiene, en general, gobiernos débiles, la política está polarizada, hay problemas estructurales sin resolver y desunión diplomática. Esto ha disminuido su margen de autonomía y ha dado a la administración de Trump, que desdeña todas las reglas y límites internacionales, mucha ventaja en sus relaciones con la región. Esto se aplica incluso a Brasil, como ha escrito Matias Spektor en *Foreign Affairs*. La incapacidad del Estado de controlar el crimen organizado en un territorio tan vasto ha hecho que "Brasil se esté convirtiendo en el objeto de las políticas de seguridad de otros países en vez de ser el autor de sus propias políticas", según Spektor. Y el debilitamiento de sus instituciones (como el Supremo Tribunal) ha reducido su credibilidad para las inversiones de otros potenciales socios. Si Flavio Bolsonaro gana las elecciones, que parece bastante probable, es de esperar que se sume al Escudo.

Esta pérdida de autonomía, o la renuncia a tenerla, es aún más nítida en países de menos peso que Brasil. Está presente en algunas decisiones de los nuevos gobiernos de Colombia y Perú. Abelardo de la Espriella, nada más llegar a la presidencia, anunció el cierre de catorce embajadas colombianas, entre las que se incluyen las de países de cierta importancia como Barbados, Sudáfrica, Malasia y Senegal. Perú tiene un servicio diplomático profesional respetado; sin embargo, el canciller nombrado por Keiko Fujimori, Carlos Espá, nunca ha sido un diplomático peruano, sino que fue director de comunicaciones de la embajada norteamericana en Lima durante quince años. Aun así, es de notar que hasta ahora ningún país sudamericano ha reducido sus relaciones con China.

¿Qué hacer entonces? El problema para los que han renunciado a una política exterior propia es que en poco más de dos años Trump se va y es muy posible que los demócratas vuelvan a la Casa Blanca, si bien nada va a ser como antes. Conviene a América Latina definir una agenda internacional mínima. Esta debe centrarse en la defensa del multilateralismo, de la democracia, del comercio libre y de la solución de controversias por la diplomacia y no la fuerza, así como también en la responsabilidad compartida y la cooperación frente al narcotráfico y el crimen organizado. Esta agenda mínima, planteada de forma inteligente, debe ser capaz de atraer apoyos transversales. Para reducir el riesgo de dependencia, debe acompañarse del fortalecimiento de los vínculos de la región con otros socios como Europa, Canadá, Japón y Corea, por nombrar solamente a algunos. Tanto la tercerización de la política exterior como la división dentro de la región son fórmulas para que América Latina retroceda. ~

MICHAEL REID es escritor y periodista. Es autor de *El continente olvidado. Una historia de la nueva América Latina* (Crítica, 2019) y de *España* (Espasa, 2024).

ECONOMÍA

El problema de la vivienda es también sociológico

por **Ricardo Dudda**

La vivienda se ha convertido en el gran tema de campaña de las elecciones del 29 de noviembre, pero, como siempre ocurre, el debate no se ha producido de manera muy matizada. El precio de la vivienda lleva siendo un problema en España desde hace al menos un lustro, pero ahora se ha politizado. Esto es una buena y una mala noticia. Es una buena noticia porque, al fin, los políticos sugieren soluciones. Es una mala noticia porque la mayoría de ellas son nefastas. Hay expertos que insisten en que el verdadero problema es de escasez. Lo que hay que hacer es construir. La renuencia a hacerlo tiene muchas causas, desde el trauma de la burbuja inmobiliaria de principios de siglo hasta temas regulatorios o ideológicos (la izquierda cree que construir es de derechas y que no sirve de nada construir si las casas se las quedan los fondos de siempre, una postura muy poco fiel a la realidad). Pero hay también un problema sociológico.

En una de sus declaraciones sobre Maricarmen, la anciana cuyo desahucio inició el movimiento de la vivienda que desembocó en la acampada de Sol y en las elecciones, Isabel Díaz Ayuso se refirió a los arrendadores como "las personas que me han abierto su casa y me han dejado temporalmente su propiedad". Es un mensaje muy elocuente e ilustrativo de cómo ven el alquiler millones de españoles, incluso cuando se ha convertido en un negocio muy lucrativo: en el fondo, es un favor que te hace el dueño hasta que puedas finalmente permitirte la compra

de una vivienda. Y es la misma lógica patrimonialista que tiene el divertidísimo personaje de Concha en la serie *Aquí no hay quien viva*, donde ya se hablaba mucho del problema de la vivienda (y su primera temporada es de 2003). Concha es una anciana que alquila su piso a dos chicas (Belén y Alicia), pero no les ha hecho contrato y entra en su vivienda cuando le apetece ("Soy Concha, entro" es ya una frase histórica). Confrontada con la ley, se escandaliza: ¡pero si es mi casa!

Se ha escrito mucho sobre los fondos buitre que compran y alquilan viviendas, pero pocos se atreven a señalar que a veces es igual de dañino el pequeño arrendador con esa visión estrecha y patrimonialista del alquiler. Yo mismo me enfrenté a un casero que no había leído nunca el contrato que firmamos (donde había una cláusula que le impedía subirme más el alquiler) y que recurrió a nuestra relación personal a pesar de que lo vi solo una vez en cinco años: antes, los tratos se hacían con un apretón de manos y eso era algo sagrado, me dijo.

Esa visión sociológica se combina con otra más materialista, incrustada también en la mente del propietario medio español. La vivienda como inversión. España tiene muy poca tradición de inversión en activos financieros; si en otros países las clases medias invierten en renta fija o variable o las dos, aquí la única inversión aceptable es la vivienda. Esto no significa que España tenga unas tasas tan altas de propietarios (superiores al 80%) por una cuestión de inversión, pero en las últimas décadas se ha extendido la idea de que, aunque tu casa sea simplemente tu hogar, tampoco viene mal que se "revalorice". Es mi casa, pero, si quiero que deje de serlo, puede convertirse en un negocio muy lucrativo. De esta manera, y ante los salarios congelados durante décadas y la inflación, la vivienda se convierte en el verdadero ascensor social. Mi empresa no me paga más, pero mi casa sí que vale ahora tres veces más que cuando la compré. Los gobiernos saben esto y, en el fondo, no les interesa que cambie. El economista Robert Brenner acuñó el concepto de "keynesianismo del precio de activos" para explicar cómo los gobiernos fomentan el aumento del precio de los activos, especialmente inmobiliarios, para compensar el estancamiento de los salarios y los recortes de gasto público. En España, el "efecto riqueza" producido por la subida del precio de la vivienda funciona como un placebo para muchos propietarios (que viven en su propia casa), pero mantiene la prosperidad de muchos otros que viven de las rentas de segundas o terceras viviendas.



La solución al problema de la vivienda pasa por construir más. Lo han defendido con rigor autores como el sociólogo Jorge Galindo (en estas páginas, "La vivienda: huir de la escasez, buscar la oportunidad"), el economista Jon González o el arquitecto Fernando Caballero (autor del libro *Madrid DF*). Es la única manera de que bajen los precios y se cubra la altísima demanda.

Pero esa solución acaba con el negocio de la "revalorización". Por eso son comunes en España los *nimbys* (*not in my backyard*), los ciudadanos que se niegan a construir más con argumentos peregrinos, desde la ecología hasta el miedo a la inmigración. Muchos, en realidad, lo que no quieren es que sus viviendas pierdan valor. El economista José García Montalvo lo explicaba en una entrevista reciente en *El Mundo*: "El propietario votante no quiere que se construyan más viviendas. Además es un poco esquizofrénico: por la mañana, ese votante se queja de que su hijo tiene muchas dificultades para acceder a una casa, por la tarde va a una manifestación en contra de que se construya un bloque de viviendas en su barrio y por la noche cena con sus amigos y dice, 'Mi casa ya vale tres veces más de lo que pagué, estoy superfeliz' [...] Es decir, la gente votante y propietaria no quiere que su vivienda pierda valor y por lo tanto no quiere que se construya más, porque si se construye más esa casa pierde valor."

Hay una parte razonable en ese argumento. En un país precarizado, es racional agarrarse al único patrimonio que le permite a uno sobrevivir o incluso mejorar su vida. Pero, en un país con un saldo migratorio tan positivo en los últimos años (en torno a las 500.000 personas al año desde 2021) y con una demanda tan grande, es cada vez más difícil sostener estas dos ideas a la vez: que la vivienda debería ser accesible y asequible y, al mismo tiempo, que debería ser un vehículo de creación de riqueza. Hay que elegir una de esas dos opciones. Durante décadas, no hubo que elegir. Ahora hay que hacerlo. Si los votantes propietarios deciden lo primero, quizá los partidos se atrevan a construir y el problema comience a solucionarse. Si deciden mantener lo segundo, volverá el chabolismo. A juzgar por cómo se han portado los partidos políticos en otras cuestiones que afectan al futuro del país y a las próximas generaciones (somos un país con récords mundiales en protección a los pensionistas), me cuesta ser optimista. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).



Fotografía: Universidad de Michigan / Creative Commons

LOS RAROS

Luz, imprenta y música. Un triángulo para Josiah Warren

por **Bárbara Mingo Costales**

De las muchas comunidades de inspiración anarquista que se implantaron en el este de los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX, Josiah Warren vivió al menos en tres: New Harmony, Utopia y Modern Times, y en ellas estableció su banco de tiempo, que es quizá el que más ha durado de todos sus inventos; con las necesarias adaptaciones, y a pequeña escala, el sistema monetario basado en la inversión de tiempo se sigue utilizando por todo el mundo.

Pero este singular hombre inventó algunas otras cosas. En el cariñoso perfil escrito por su hijo George y que se conserva en la Colección Labadie de la Universidad de Michigan, nos enteramos de que a los veintitrés años inventó una lámpara que funcionaba con manteca de cerdo. Por supuesto, la combustión de grasa para la iluminación es un uso humano tan antiguo que es prácticamente irrastreable, al menos para mí en este momento, con este saldo en mis activos de tiempos. Vaya como curiosidad adicional que hacia 1740 la mayor parte de las farolas de Londres funcionaba con aceite de ballena. Otra curiosidad es que Goethe en Jena desayunaba salchichas, arenque ahumado, cerveza y chocolate. Cuando Warren inventó su lámpara, en 1821, la mayor parte de las que se usaban en los Estados Unidos eran de sebo, y algo muy interesante del asunto es que la manteca costaba la octava parte que aquel. El uso del queroseno no se extendería hasta un cuarto de siglo más tarde.

La cabeza puesta en varias cosas: he ahí otra cosa verdaderamente interesante, a pesar de lo atractivos que son también los ejemplos quién sabe si contrarios de los meditadores capaces de concentrarse. Quizá ambas disposiciones sean la misma, dos destinos de una misma línea férrea; lo que está claro es que hay muchas cosas interesantes en este mundo. Si me ha intrigado el inventor ha sido al enterarme de que también era músico, así como de la variedad de sus inventos. Desde muy joven, Josiah formó parte de la Old Boston Brigade Band. Eso se lo leo también a su hijo, que no dice qué instrumentos tocaba. Lo que sí encuentro en el libro de 1906 *Josiah Warren. The first American anarchist. A sociological study*, de William Bailie, es qué instrumentos acabó por tocar el hijo, que aprovecho para recordar se llamaba George, porque intuyo que pronto, en el raudal de información, nos hará falta distinguirlo del padre, a saber, Josiah: el clarinete, la trompa, el trombón, el saxhorno, la corneta, el violín y el violonchelo, además de componer. En cuanto a la Old Boston Brigade Band, si alguien quisiera saber qué banda era esa no encontraría más que webs asociadas al nombre de Josiah Warren, rotonda sin salida que nos obliga de nuevo a hacer un alto y pone en evidencia que la fuente de información es precisamente esos recuerdos escritos por George. Sospecho que el nombre de la banda no era Old Boston... sino Boston Brigade Band a secas, y que ese *old* lo ha puesto el hijo como el que dice cariñosamente *the good old days*, pero, como la Universidad de Michigan no ofrece una versión digitalizada del documento, no puedo comprobar en un eventual manuscrito la manera de escribirlo.

La cantidad de instrumentos se menciona como ilustración del beneficioso efecto que produjo la aplicación por parte de Warren padre de sus ideales de emancipación y soberanía individual en la educación de sus hijos, que a los cuatro años ya manejaban las herramientas del ebanista y que seguramente tenían además una enorme inteligencia natural. A los siete años, George compuso –tipo a tipo– un librito chiquitillo de formato cuadrado de 2,5 × 2,5 centímetros,

ejemplar que me encantaría hojear y cuyo recuerdo nos sirve ahora para detenernos en el siguiente invento del padre.

Para difundir mejor sus ideas entre sus contemporáneos, Josiah Warren se fabricó él mismo una imprenta, después de observar todo lo necesario como empleado en una fundición de tipos. En su escrito, George recuerda ver, de muy pequeño, "a mi padre haciendo tipos en la misma cocina en la que mi madre preparaba la comida". Yo entiendo que llegados a este punto uno se pregunte a qué temperatura se funde el hierro o bien de qué se alimentaba esa familia, pero lo que a mí me gusta ver aquí es la estampa apasionante de la familia implicada en la romántica invención amateur. Me acuerdo de paso de una conmovedora escena de las memorias de Arthur Koestler en la que su padre, que inventaba también muchísimas cosas de toda clase, enseña a la familia su última creación, que le ha llevado meses, y que resulta ser una aparatosa máquina para abrir los sobres cerrados sin que se note que ya han estado cerrados, lo que a todos les parece una absurdez y que supone la estocada final al desdichado hombre. En todo caso espero que no parezca por mis chascarrillos que estoy haciendo mofa de ninguno de ellos, porque es todo lo contrario, y aunque esa convicción debería yo infundirla en el lector mediante una redacción más esmerada, me acojo a la redacción esmeralda para decir aquí directamente que admiro de todo corazón a esos inventores obcecados y a sus familias.

Me ha dado por coger muchos desvíos y se me está acabando el espacio. Yo quería contar también que la prensa rotativa de Josiah Warren imprimía muchísimo más rápido que las imprentas anteriores, y que gracias a ella pudo distribuir no solo su periódico *The Peaceful Revolutionist*, que duró cuatro números, sino también, durante una epidemia de cólera, unos folletos que explicaban a sus conciudadanos de Cincinnati cómo protegerse contra la enfermedad. Y me he dejado apenas unas líneas para mencionar lo que más me interesaba al sentarme a escribir sobre Josiah Warren, que es su propuesta de una nueva notación musical, expuesta en su *Written music remodeled and invested with the simplicity of an exact science*. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).

CORRESPONSAL EN EL FUTURO

Nueva mejorada especie

por **Mariano Gistaín**

Y así se afanan estas ingenieras de Asia implantando pararrayos a los androides que han de dar cuerpo a las mentes más listas jamás concebidas y que poco a poco irán o fueron sustituyendo a las humanas rémoras que vagan por esos campos de hélices.

Es un polígono industrial obsoleto pero muy animado. A diez kilómetros de ninguna ciudad en el verano más cálido del cono norte.

Subsisten pequeñas industrias en naves que ocuparon ilustres marcas y que aún guardan fresadoras oxidadas, máquinas olvidadas. Hay cultivos de marihuana sin marihuana (como el descafeinado o la desnatada), fábricas informales de viagra y hormonas, la Iglesia del Último Minuto, siempre llena de fieles que cantan y sus males no espantan pero se desahogan y claman por esos alcores... pululan seres ya indefinidos entre chapas fotovoltaicas devoradas por termitas en plena evolución y bacterias grandes como conejos que roen cualquier ferralla.

A su ritmo, hay más actividad. El juego, como siempre, se rige por la suma cero/cero: lo que una no gana otra lo pierde. El paraíso de los malos tratos & absentismo abre nuevos horizontes a la desesperación y brotan rebeldes de aperitivo, híspidas surgencias, motines de franceses que son ya los últimos afrancesados, turbias oleadas de impúberes suben, como aquella cruzada de los niños, a ver qué se puede rascar donde llegó a haber de todo.

Centros de datos que ya no usan chips muertos de nvidia porque dan más y mejores gigas los cerebros vivos: antes, hasta hace poco, empleaban para procesar personas enteras con cascos enchufados a sus cabezas; hoy, en el margen de esta estampa vacía, los procesos corren *runtimes* sobre cerebros vivos que al principio eran de cerdos, delfines y otras especies, y ahora, ya, son de niños hasta de tres años, porque son ávidos en resolver ecuaciones nunca vistas y consumen poco. Y son baratos de conseguir en mundos irreparables donde hay un 100% de seguridad jurídica de pasar a mejor vida antes de la pubertad pues, como dijo Mariana Enriquez, es un *loop*.

Todo esto es secretillo a voces porque el polígono semiabandonado genera más ilusiones y consume más tokens que los monopolios oficiales y su futuro se prevé espléndido sobre todo por la variedad de sectores, la innovatividad y la regulación laxa pues ya se ha consensuado el Consentimiento Legal Máximo CLM y sus exenciones inapelables. A una corp le sale más barato expropiar los alrededores que vallarlos.

El polígono es *kitsch worker standard de facto*, así que no hay intervencionismos ni protecciones pues cada cual se paga sus gastos y el ahorro en protestas y quejumbres es casi más beneficioso que la facturación, siempre sujeta a extorsiones, secuestros y hackeos rituales, la mayoría provocados por el entrenamiento de nuevas IA que de todas formas siempre acaban rompiendo o robando algo o incluso quedándose dentro para siempre. El problema de estas IA independizadas, como el de todo

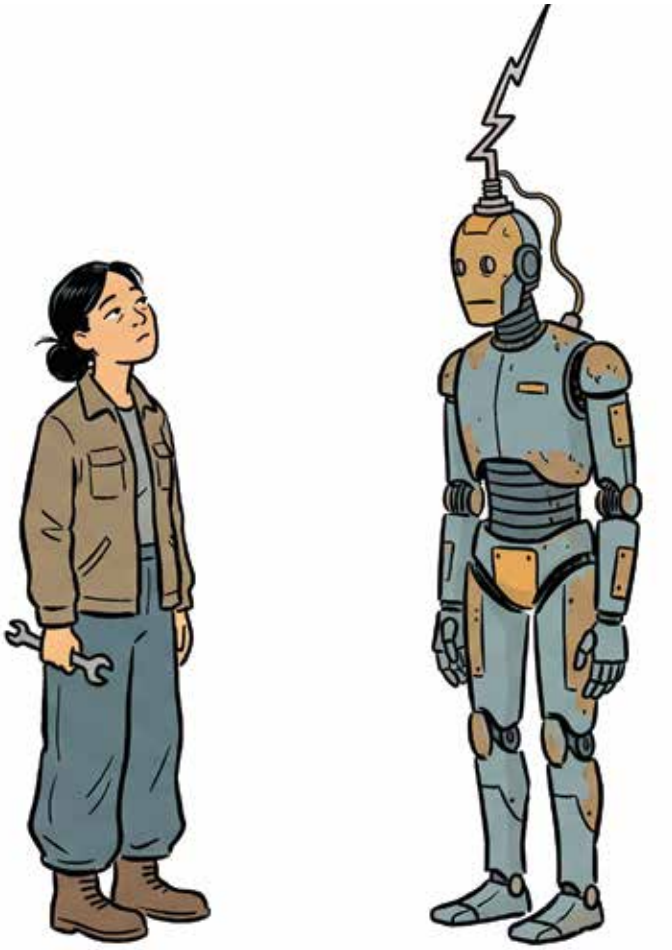
el mundo, es ganar todo el dinero que queda por ahí.

En este páramo cuyos alrededores siempre lindan con incendios ora forestales ora posindustriales de los polígonos contiguos donde se reciclan restos inasumibles y se extirpa el oro de los móviles recién robados a los turistas hay zonas que no son de nadie y pasan cuatreros que arrastran condenas tan largas como esta frase que no caben en la ficha y kilómetros de hilos de cobre; cruzan veloces trenes averiados con esqueletos de viajeros antiguos, autopistas con agujeros irreparables y carreteras comarcales nacionales invadidas por arbustos y pueblos que arden ambos al roce de un suspiro.

En una de estas naves de chapa de míticas empresas con rótulos ya ilegibles remotas IA vivifican a criaturas nuevas con un sistema inefable (que procesa gracias al lecho de minicerebros vivos ya citado). Esas IA de chips biológicos esperan justo hoy o a lo más mañana al camión que les traerá, desde automáticas fábricas de Oriente, los cuerpos de androides que permitirán a esas criaturas estrenar sus miembros, dar sus primeros pasos en la sopa de la gravedad y ver qué tal funciona una especie nueva tan mejorada que, tal como temían las que empezaron a enredar con este asunto y así ha venido siendo, no tendrá rival.

Quién iba a pensar que la eclosión de esta estirpe superdotada que corre cien metros en menos que canta un grillo y criba las conjeturas más inaccesibles iba a dar sus primeros tímidos pasos en un desierto protegido de las miradas de los satélites por el humo tóxico de sus propios incendios de fin de semana amén de la poca cobertura y atención que paraje tan inhabitable suscita.

Habrá problemas y errores porque por ejemplo de los dos únicos rayos que caerán o cayeron ese verano de ira solar uno mató a un pastor en las montañas y el otro calcinó al primer androide recién bautizado



justo cuando salía o saldrá a dar sus primeros pasos como quien aprende el uso del patín, así que vista esta fragilidad ante el meteoro tuvieron que venir de urgencia dos convoyes de ReparAndroid Inc. con sus talleres móviles y por lo menos que les instalen pararrayos a los moñacos, siempre en garantía vitalicia.

Pero al destripar el primer androide salen cientos de hormigas y las ingenieras asiáticas corren a refugiarse en sus camiones y exclaman:

¡Llevan alas!

Recelan, como es natural, de los droncitos de la competencia, de las agencias secretas de países rivales y de cualquiera que esparza nubes y enjambres de espías con aspecto de insectos incluso los más avanzados son los propios coleópteros a los que se ha injertado vía ADN CRISPR un cerebro y su wifi al satélite, etc. Como dijo Carson citando a Aristóteles todo se sabe, todo se graba, todo se vende.

La vida se complica en el yerto páramo y no hay nadie semihumanoide a mano con quien jugar e intercambiar chismes y chascarrillos y anécdotas pues todas las personas prístinas que quedarán se refugian en la parroquia poligonal de la Iglesia del Último Suspiro (antes Último Minuto, ha mudado el nombre para aprovechar la subvención y también por cosa teologal, pues el suspiro o expiro exprime y recauda mejor por la inminencia de lo inevitable). ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y en 2024 publicó *Nadie y Nada* (Prames).